

La cuestión religiosa en la España de hoy y sus antecedentes a la luz de tres novelas de Galdós: *Doña Perfecta* (1876), *Gloria* (1877) y *La familia de León Roch* (1878)

IGNACIO CARBAJOSA PÉREZ
*Catedrático de la Facultad de Teología
de la Universidad Eclesiástica San Dámaso*

SUMARIO. 1. La cuestión religiosa en la España de hoy. — 2. Las novelas de tesis de Galdós como reflejo de una época. — 3. El tema y los personajes de las tres novelas. — 4. Modernismo y apologética católica. — 5. Una fe basada en la devoción femenina. — 6. Una fe enemiga de la razón y del afecto. — 7. Una fe enemiga de la democracia. — 8. A modo de conclusión: lecciones de la historia.

“Allá lejos (...) está Ficóbriga,
villa que no ha de buscarse en la Geografía
sino en el mapa moral de España,
donde yo la he visto”

(B. PÉREZ GALDÓS, *Gloria*).

1. LA CUESTIÓN RELIGIOSA EN LA ESPAÑA DE HOY

Este artículo¹ pretende profundizar en algunas de las raíces de la “cuestión religiosa” en la España de hoy, concretamente aquellas que

1. Con este artículo quiero contribuir al Homenaje a Mons. José Luis González Novalín, ilustre historiador y hombre de Iglesia, como agradecimiento a su labor como Rector de la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat, noble institución que tantos servicios ha prestado a la cultura española, sosteniendo la investigación de todos los que de ella formamos parte.

tienen su origen remoto en el último tercio del siglo XIX. En concreto, quiero estudiar dichas raíces a través de tres novelas de Benito Pérez Galdós cuya temática central es, precisamente, “la cuestión religiosa”.

Utilizando la expresión genérica “cuestión religiosa”, acuñada en las batallas decimonónicas en torno al papel de “la religión”, aprovecho para referirme, a la vez, al catolicismo (expresión religiosa dominante en la España de entonces y en la de ahora), a las diferentes religiones, al agnosticismo o ateísmo y a la religiosidad en general, o, lo que es lo mismo, a una cierta percepción de la realidad.

Las “batallas” culturales que el gobierno de J.L. Rodríguez Zapatero emprendió, especialmente en su primera legislatura (2004-2008), han reavivado la discusión en torno al papel de la religión, y más concretamente del catolicismo y de la Iglesia Católica, en nuestra sociedad. No en vano se trataba de batallas en las que la Iglesia Católica se encontraba en abierta oposición con el ejecutivo: matrimonio homosexual, aborto, divorcio “express”, educación para la ciudadanía, etc. Los campos objeto de nueva legislación habían estado marcados y determinados desde hace siglos por la tradición católica española.

Las discusiones que a raíz de estas “batallas” se han sucedido, han puesto de manifiesto una cierta percepción, en gran parte dominante en nuestro medios de comunicación, en la política y en calle, de lo que es la Iglesia Católica y el catolicismo en general. Me refiero a la percepción dominante en aquellos que no se sienten parte de la Iglesia (dejando a un lado el hecho de que formalmente sean parte de ella por el bautismo), percepción que de algún modo, y en algunas cuestiones, subyace en la mentalidad de un buen número de aquellos que se confiesan católicos.

¿En qué consiste esta percepción que un amplio sector de la población tiene del catolicismo? Para ellos la fe cristiana poco tendría que ver con la razón. Se atribuiría al sentimiento, a la tradición, a opiniones poco ligadas a lo que se puede ver o tocar. Sin entrar en grandes disquisiciones, la dialéctica entre razón y fe formaría parte de esta imagen del catolicismo: la razón tiene que ver con la ciencia y el conocimiento en general, mientras que la fe se mueve en el vago campo de las creencias sin especial fundamento.

Para esta misma percepción, la Iglesia Católica y su doctrina sería enemiga de la libertad, por lo que, de un modo u otro, acepta a regañadientes la democracia, que no es su sistema político favorito. A esta problemática pertenece la idea generalizada de que la mujer está sometida al hombre en la Iglesia, o la impresión extendida de que en amplios periodos de la historia la institución eclesial se ha opuesto al progreso y ha sido un factor de opresión en la sociedad.

Por último, este conjunto de impresiones y percepciones sobre el catolicismo incluye el axioma de que la fe nada tiene que ver con el afecto, o peor aún, que percibe negativamente (ligada al pecado) la relación hombre-mujer, que es enemiga del deseo, que reprime la sexualidad. En el mismo orden de cosas, aunque la misma historia del arte parece contradecirlo, se tiene la impresión de que fe y belleza están reñidas.

Podríamos añadir también, si queremos hacer justicia a la mentalidad de la que hablamos, que, para dicha mentalidad, la Iglesia, y en general los cristianos, están ligados a las obras de caridad, aunque esta impresión pueda convivir con acusaciones que tienen que ver con la riqueza en la Iglesia, con la hipocresía de los cristianos y de su limosna, o con la perpetuación del *status quo* social que la limosna implica.

Ni qué decir tiene que un conglomerado de opiniones, impresiones y percepciones como éste, considera a la Iglesia Católica y al catolicismo en general, una rémora del pasado que, a pesar de todo, las reglas de la democracia y de la convivencia invitan a tolerar. Lo cual no entra en contradicción con un programa de acciones dirigido a eliminar o neutralizar el influjo que la Iglesia Católica o sus creencias tienen en la sociedad española. Pensemos en algunos proyectos legislativos de “libertad religiosa”, de educación (laica y estatal), de configuración de un “Estado laico” o en las líneas editoriales de algunos medios de comunicación².

Pero la “cuestión religiosa” no se configura únicamente en forma de batalla en torno a “creencias” o enunciados explícitamente religiosos. En ella entra en juego también, o principalmente, una cierta

2. Resulta paradigmático de esa voluntad de neutralizar la influencia de la Iglesia Católica lo que contaba el director de *El Mundo*, Pedro J. Ramírez, acerca de una conversación con el Presidente de Gobierno J.L. Rodríguez Zapatero en 2004: “Han pasado más de siete años pero aún debo de guardar, fosilizada en algún sitio, la mueca de estupor que se me dibujó en el rostro cuando la primera vez que me invitó a La Moncloa, justo antes de sentarnos a cenar, Zapatero me hizo la última pregunta que podía esperar escuchar en aquel sitio: «¿Oye, tú crees en Dios?». (...) él aprovechó mis dos segundos de sorpresa para contextualizar su interrogante: «Es que yo no creo... ¿sabes?». (...) Por eso, confianza por confianza, me sentí obligado a entrar al trapo, aunque pareciera que lo hacía con una evasiva: «Si no tuviera más remedio que responder a esa pregunta, te diría que no lo sé». Probablemente, el que yo diera esa sensación de nadar entre dos aguas terminó de darle alas y fue entonces cuando me explicó que la hoja de ruta de su «democracia bonita» incluía ayudar a la sociedad española a «liberarse» de la dependencia de la Iglesia católica, fruto de tantos años de «atraso»” (“Carta del director”, *El Mundo*, edición del 21 de agosto de 2011).

percepción de la realidad. Si habíamos dicho, en negativo, que para un amplio sector de nuestra sociedad la fe poco tenía que ver con la realidad o con la razón, esto significa, en positivo, que la realidad no remite a una pregunta religiosa, es “neutra”, no “mueve a”. La realidad está ahí, es algo común a todos y no es el punto de partida del fenómeno religioso, no hace surgir, en la experiencia, una “cuestión religiosa”. Realidad y apariencia coincidirían. La realidad no es el lugar del asombro religioso. Éste sería el “credo laico” de una sociedad como la nuestra. Solo que de este credo participarían también un buen número de creyentes, católicos y no, que conciben la religión como un “hecho” privado, relacionado con la “interioridad” o con el sentimiento (no con la “realidad” que todos compartimos).

Para aclarar lo que entiendo por esta percepción “neutra” o positivista de la realidad, que subyace a la mentalidad común de buena parte de nuestra sociedad (especialmente en sus expresiones públicas), quisiera partir de un hecho que ha marcado la vida de nuestro país y que ilustra bien el “credo” del que hablo. Se trata de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid y de las reacciones que provocó en la sociedad. En pocos ejemplos como en éste se pueden ver, dada su crudeza, la dinámica del impacto de la realidad con nuestra conciencia y, a su vez, dada su magnitud y el seguimiento mediático que tuvo, la lectura que la mentalidad dominante hace de esa dinámica.

Es difícil, por no decir imposible, sustraerse al impacto que estos atentados provocaron en nosotros. El dolor y el desconcierto de los primeros momentos resultaron evidentes. Pero bastó que pasaran unas cuantas horas para que se produjera una reducción de la realidad, para que el nexo entre la realidad y nuestro ser se debilitara, para que se aplicara sobre nuestra sociedad una especie de anestesia. Me refiero a la interpretación reducida de lo que acababa de suceder llevada a cabo por parte de los medios de comunicación españoles y sostenida por una mentalidad común que desde hacía tiempo estaba instalada en nuestra sociedad.

Las preguntas que suscitaban los cuerpos destrozados sobre las vías del tren, ¿por qué?, ¿qué es el mal?, ¿qué es la vida?, ¿qué es la muerte?, eran preguntas que tocaban la humanidad de cada persona y, a la vez, la conciencia de un pueblo. Estas preguntas fueron sustituidas inmediatamente por otras que, aparentemente, tenían que ver más con la realidad: ¿quién? (reducido a los autores materiales) y ¿por qué? (reducido a las motivaciones de los terroristas). No pudimos ver a nadie, al menos en la esfera pública o política, capaz de estar ante el misterio de la muerte, del mal o del dolor con una

pregunta abierta, con un drama... y mucho menos con un intento de respuesta.

Evidentemente, el dolor y la conmoción que la tragedia habían provocado no pudieron ser escondidos. Simplemente fueron transformados en patologías. De este modo, la pregunta que suscitaba la muerte dejó de ser una pregunta religiosa y se convirtió en una patología que había que curar. Con ello se produjo la reducción de la realidad a apariencia. La realidad ya no remite a Otro, no provoca en nosotros preguntas que nos empujan a ir más allá (o, mejor dicho, más al fondo de la realidad). El “impacto” con la realidad provoca, como mucho, “desviaciones” de comportamiento, es decir, patologías. Y el Estado ha conseguido poner a disposición de los ciudadanos un servicio público para afrontar el problema del dolor y la muerte: los psicólogos.

Se entiende entonces que, en este estado de cosas, con esta mentalidad que atraviesa las conciencias en su relación con la realidad, la referencia a Dios se perciba como algo piadoso, añadido, una última consolación, casi como una anestesia para no mirar a la cara la realidad. Se trataría de una opción lícita, evidentemente, pero percibida como un salto en el vacío que algunos quieren dar, sin ningún fundamento *in re*. Y, precisamente porque no tiene que ver con la realidad, no tiene espacio en la “conciencia común” que encarnan los medios de comunicación y las autoridades públicas. Un buen signo de esta “conciencia” fue el amplio servicio fotográfico que el diario de más tirada en España hizo con ocasión de los funerales de Estado por las víctimas de la tragedia (cuyo rito católico fue puesto en discusión por algunos medios de comunicación). En aquel servicio fotográfico, en el que aparecían representantes de medio mundo, ¿no había ni una sola fotografía del altar o de los celebrantes!³.

Para darnos cuenta de que nos referimos a una mentalidad propia de la sociedad española y no genéricamente a una percepción de las cosas propia de la cultura de Europa Occidental o de Occidente en general (cuyo origen, por tanto, debería buscarse en factores comunes), puede ser útil comparar la tragedia sucedida en Madrid con los atentados que costaron la vida a 19 italianos, entre carabinieri y militares, cuatro meses antes, el 12 de noviembre de 2003, en Nasiriyya (Irak), donde el Ejército italiano tenía su base para apoyar la reconstrucción del país después de la Segunda Guerra del Golfo. En el mismo atentado murieron 9 iraquíes y fueron heridos 20 carabinieri.

3. Cf. *El País*, edición del 25 de marzo de 2004.

Viviendo en Roma en aquella época, pude seguir de cerca el enorme impacto social que aquellos atentados tuvieron, movilizándolo a todo el país. He de confesar que, acostumbrado al *modus vivendi et operandi* español, me sorprendió el modo con el que la sociedad italiana, en sus expresiones públicas, reaccionó a la catástrofe. Estas reacciones son las que, de hecho, me permitieron identificar con más claridad en la sociedad española, meses después, una percepción de la realidad como la que he descrito.

Horas después de los atentados en Nasiriyya, todas las televisiones mostraban a la viuda del brigada Giuseppe Coletta, muerto en el atentado, citando el evangelio y perdonando a los asesinos de su marido. En la “entradilla” de la segunda edición del “Telediario” de una de las cadenas de la RAI, aparecía don Luigi Giussani, fundador de Comunión y Liberación, dirigiéndose a todo el país con unos versos de Dante que ponían el dolor en manos de la Virgen para que la humanidad pudiera reconocer la victoria del bien sobre el mal. En el funeral de Estado, el Vicario del Papa para Roma y presidente de la Conferencia episcopal italiana, cardenal Camillo Ruini, se dirigía a toda la nación con unas palabras que al día siguiente recogía en primera plana toda la prensa escrita. En ellas se daba un juicio cristiano sobre la dramática circunstancia que permitía seguir construyendo con esperanza.

Salta a la vista, en ocasiones como éstas (atentados en Madrid y Nasiriyya), que las sociedades española e italiana poseen un *humus* cultural muy diferente en lo que respecta a la percepción del papel de la fe cristiana (y de la Iglesia Católica en concreto) en su relación con la realidad. ¿A qué atribuir esta diferencia entre dos naciones mediterráneas que pertenecen a una misma cultura (occidental y cristiana) y que comparten incluso otros elementos distintivos frente a países del mismo entorno cultural más al Norte o a Occidente (como Alemania, Inglaterra o Estados Unidos)?

La respuesta parece obvia: la historia “reciente” (con ello entendemos un período puede abarcar hasta dos siglos) de cada nación determina el *humus* cultural, en un sentido amplio, en el que cada individuo nace y se educa. Sería interesante repasar la historia italiana para identificar los hechos (religiosos, políticos y sociales) que han determinado una cierta mentalidad general⁴. No es el objeto de

4. Citamos simplemente uno por su contraste con lo que sucedía en España en la misma época: la presencia de San Juan Bosco en la ciudad de Turín, ciudad industrial por antonomasia en Italia, en la segunda mitad del siglo XIX. Para la conciencia italiana de la época, la actividad de don Bosco hizo que se percibiera

este artículo. Por el contrario, queremos identificar los hechos y los períodos de la historia de España que, de un modo u otro han determinado la percepción del hecho religioso y de la realidad a la que hasta ahora nos hemos referido. Salta a la vista que esta tarea es de una complejidad extrema, por la infinidad de factores en juego, y excede, por tanto, a la pretensión de este artículo.

Queremos, sin embargo, ceñir nuestra investigación a un período que ciertamente es decisivo para la historia de España y para su actual configuración “ideológica”. Me refiero a la segunda mitad del siglo XIX, uno de los períodos más convulsos de nuestra historia contemporánea en lo respecta a cambios sociales y de mentalidad. Es entonces cuando surge lo que se denomina, en lenguaje técnico, la “cuestión religiosa”.

Salta a la vista que lo que denomino percepción del hecho religioso y de la realidad ha sido configurado por muchos hechos de nuestra historia en el siglo XX. Bastaría enumerar algunos seguros: los desórdenes sociales del primer tercio de siglo, la decadencia de la monarquía y la llegada de la II República, la tensión de las dos Españas y la violencia contra la Iglesia, el estallido de la Guerra Civil y el odio fratricida, los casi cuarenta años de Régimen autoritario del General Franco y su relación con la jerarquía eclesiástica, el 68 francés en su versión española, la llegada de la democracia... Pero para la cuestión que nos ocupa, la “cuestión religiosa” en su sentido más amplio, todo lo sucedido en el siglo XX, no puede entenderse sin recurrir a la historia del siglo XIX, y muy especialmente a su segunda mitad. Es en ese período donde nace una cierta percepción de la Iglesia Católica y del hecho religioso que llega, en forma de mentalidad más o menos enriquecida o matizada con el curso del tiempo, hasta nuestros días.

2. LAS NOVELAS DE TESIS DE GALDÓS COMO REFLEJO DE UNA ÉPOCA

En este artículo me quiero ceñir únicamente (persiguiendo el fin de comprender la España actual) a presentar la imagen que Benito Pérez Galdós transmite de la Iglesia Católica y de la vivencia perso-

que la Iglesia tenía que ver con el mundo de la industria, del progreso, con el movimiento obrero, y, especialmente, con el mundo de los jóvenes.

nal y pública de la fe a través de lo que se han llamado sus “novelas de tesis”⁵, tres obras escritas y publicadas en tres años consecutivos: *Doña Perfecta* (1876)⁶, *Gloria* (1877)⁷ y *La familia de León Roch* (1878)⁸. Estas tres novelas marcan un primer período creativo del autor caracterizado por su interés en tomar parte en la “cuestión religiosa”, especialmente candente en la España del sexenio revolucionario (1868-1874) y en la Restauración borbónica que le sigue. En este sentido, las novelas que nos ocupan reflejan muy bien cuestiones y polémicas encendidas en la sociedad española de entonces, como tendremos ocasión de notar. Al hilo de estos relatos saldrán a la luz los hechos y situaciones históricas que dan pie a aquellas polémicas. En el curso del estudio podremos ver cómo la imagen que Galdós transmite de la Iglesia y de la fe coincide en muchos puntos con la que todavía hoy se respira en un amplio sector de la sociedad española.

Antes de entrar en el estudio de la producción “galdosiana”, debemos afrontar una cuestión “espinosa”: ¿en qué medida Galdós refleja correctamente, en estas novelas, lo que sucede en la sociedad española? ¿Es el autor un observador imparcial o toma partido en su obra? Digamos, de entrada, que esta cuestión sólo nos afecta parcialmente. La impresión que Galdós transmite del catolicismo español es precisamente la que vemos perdurar, a grandes rasgos, en la mentalidad de la España de hoy. Por otro lado, y especialmente en estas tres novelas “de tesis”, Galdós construye a partir de hechos y polémicas fácilmente identificables en la historia de España⁹. En este sentido sus novelas sirven a nuestro interés. Ciertamente Galdós no es un observador imparcial (si es que esta posición es posible), al

5. Para un estudio completo de las “novelas de tesis” de Galdós, cf. P. Aparici Llanas, *Las novelas de tesis de Benito Pérez Galdós* (CSIC; Barcelona 1982). Me remito a este estudio para todas las cuestiones que tienen que ver con el contexto de las novelas, con las etapas de su autor y las discusiones que estas novelas provocaron entonces y hoy. Incluye una abundante bibliografía.

6. B. Pérez Galdós, *Doña Perfecta* (Alianza Editorial; Madrid 2009).

7. B. Pérez Galdós, *Gloria* (Alianza Editorial; Madrid 2007).

8. B. Pérez Galdós, *La familia de León Roch* (Alianza Editorial; Madrid 2004).

9. “[Galdós] es quien incorpora a la novela las promesas, soliviantos y desengaños que acompañan al movimiento revolucionario [de 1868]; y, al hacerlo, eso radicaliza, por así decirlo, la ficción novelesca, inyecta en ella una tensión ideológica que no es sino reflejo de la radicalización que se ha producido en el mundo real y que el propio novelista siente con aguda intensidad” (J. López Morillas, “La revolución de septiembre y la novela española”, *Revista de Occidente* 67 [1968] 94-115 [107]).

contrario, toma parte en las polémicas a través de la descripción de los personajes y de los diálogos que mantienen. Su “parcialidad” no hace más que identificar el origen (fundamentado en hechos libremente interpretados –justa o injustamente–) de una mentalidad que perdura en el tiempo. Es esa mentalidad la que queremos ver en su “nacimiento”, prestando atención a los hechos y actitudes que la hicieron venir al mundo.

3. EL TEMA Y LOS PERSONAJES DE LAS TRES NOVELAS

Las tres novelas que nos ocupan tienen como tema central la misma y única cuestión: la “cuestión religiosa”, en los términos en los que se planteó en la España del último tercio del siglo XIX. Por otro lado, las tres novelas comparten un mismo universo de personajes, aunque varíen sus caracterizaciones. La trama central la sostienen siempre un hombre y una mujer jóvenes, enamorados el uno del otro (y, en una de las novelas, casados), que representan dos mundos diferentes y opuestos. El hombre es el prototipo de joven inteligente y culto, conocedor de la ciencia y sus avances, amante de la razón y su discurso, hombre de mundo que critica a la Iglesia su cerrazón e intolerancia, así como la ingenuidad de muchas de sus creencias. La mujer se caracteriza por su educación tradicional en costumbres y fe católica, devota y cumplidora de sus deberes religiosos, que frecuenta las ceremonias en la Iglesia, perteneciente a un estrato social acomodado y conservador, rodeada de fervientes familiares católicos.

Alrededor de estos dos personajes centrales aparecen otros que, con pocas excepciones, más bien irrelevantes, pertenecen al universo familiar o de relaciones de la mujer protagonista. Todos ellos sirven para describir el catolicismo español en su múltiples acepciones. La oposición a todo este universo católico la sostiene únicamente el protagonista masculino.

En la galería de personajes secundarios, describiendo la religiosidad española, aparecen siempre, entre otros, uno o más sacerdotes, una señora católica malvada y/o de una devoción que raya lo irracional y un hombre católico con un cierto papel en la vida pública española.

Describamos, brevemente, la trama de cada obra, con sus personajes claves, para poder seguir mejor el análisis posterior de las novelas.

En la primera de las obras, *Doña Perfecta*, se describe la relación entre don José (Pepe) Rey, un joven ingeniero llegado de la capital, inteligente, culto, hombre de progreso, y Rosario, prima suya, mujer devota que se enamora sinceramente del recién llegado a Orbajosa, pueblo muy orgulloso de su glorioso pasado. En esta novela el personaje femenino dominante, al contrario que en las otras dos, no es la mujer joven enamorada del intelectual, sino su madre, Doña Perfecta, católica intransigente, que, habiendo promovido el matrimonio entre su hija y su sobrino, se echa atrás al constatar la “increencia” del joven. El otro personaje decisivo es el canónigo penitenciario de la catedral, Don Inocencio, “aliado” de Doña Perfecta, que es el que entabla las batallas teológicas e ideológicas con Pepe Rey.

En la segunda novela, *Gloria*, el personaje masculino principal está encarnado por Daniel Morton, judío descendiente de una familia sefardí afincada en Inglaterra, que llega al pueblo de Ficóbriga al encallar su embarcación. En este caso se trata de un hombre religioso que ha sufrido en las carnes de su propia familia la intransigencia católica española. Durante toda la novela critica esa misma intransigencia con múltiples argumentos. No da a conocer su identidad judía hasta muy entrada la trama. El personaje femenino principal está representado por Gloria, una joven huérfana de madre, sincera católica, aunque siempre “atormentada” con ideas poco ortodoxas, que se enamora locamente de Daniel. El eclesiástico de turno está encarnado por Don Ángel Lantigua, obispo, tío de Gloria, hombre inteligente, comprensivo, dibujado con rasgos humanos, con quien Daniel sostiene algunas batallas teológicas. Nombrado cardenal, acabará formando parte de la “intransigencia” católica que rodea a Gloria. Junto a él aparecen sus tres hermanos, Don Juan, padre de Gloria, ferviente católico, defensor de la Iglesia, hombre público amante de las controversias e interesado en la teología, Don Buenaventura, que juega el papel de católico formal, hipócrita, capaz de llegar a acuerdos con Daniel, y Doña Serafina, extremadamente devota, descrita con rasgos maniqueos y fanáticos, deseosa de meter a su sobrina en un convento. Un último personaje a destacar es Don Rafael del Horro, político católico, elocuente orador, emprendedor de cruzadas contra la impiedad.

Por fin, la última novela, *La familia de León Roch*, en cuyo título aparece el personaje masculino principal, un joven científico, ingeniero de minas, hombre bueno, idealista y romántico, aunque a la vez racionalista y crítico con los excesos de la devoción católica de su mujer. Del otro lado se encuentra el personaje femenino principal, la mujer de León Roch, María Egipcíaca, obsesionada con la “increencia” de su

marido y con la batalla por su conversión, que incluye la preservación de su propia alma del contagio de las ideas modernas. El personaje eclesiástico está desdoblado en dos. El primero es Luis Gonzaga Tellería, sacerdote virtuoso, hermano de María, hombre amante de la mortificación y la ascesis, gravemente enfermo, confidente de María, a quien confirma en la batalla contra las ideas de su marido. El segundo es el Padre Paoletti, sacerdote religioso italiano, confesor de María, hombre de una cierta inteligencia y humanidad, con quien León Roch entabla, directa o indirectamente, sus batallas contra el catolicismo que le aleja de su mujer. Por último, los marqueses de Tellería, padres de María, son los representantes de una aristocracia venida a menos, que todavía conserva sus costumbres (entre ellas la profesión católica) pero de un modo formal y más bien hipócrita.

Como genialmente lo expresa Galdós en la apertura de su novela *Gloria*, todos estos personajes no hacen sino reflejar (pasando por la lente del escritor) el mapa moral de la España de la época:

“Allá lejos (...) está Ficóbriga, villa que no ha de buscarse en la Geografía sino en el mapa moral de España, donde yo la he visto”¹⁰.

Desplegados los personajes y las temáticas, a continuación iremos exponiendo las características del catolicismo español, tal y como son trazadas por la pluma Galdós al hilo de la descripción de los diferentes personajes y situaciones. Procuraremos, en cada caso, presentar los hechos y polémicas históricas que están detrás de aquellos personajes y situaciones.

4. MODERNISMO Y APOLOGÉTICA CATÓLICA

Como primer paso en la descripción del catolicismo español detengámonos en el contexto histórico de la España del último tercio del siglo XIX, tal y como lo pinta Galdós en las tres novelas. El novelista se hace eco de la batalla que la apologética católica, más concretamente la española, lleva a cabo contra el “modernismo” que se extiende por toda Europa. Los tres personajes principales masculinos, de un modo u otro, representan este modernismo. A él se oponen, en forma de apologética más o menos sistemática, unas veces los eclesiásticos, otras los hombres católicos de relevancia pública.

10. *Gloria*, 9.

Ya en las primeras páginas de *Doña Perfecta*, Galdós nos presenta el enfrentamiento entre Pepe Rey y el penitenciario Don Inocencio, que representan, respectivamente, el modernismo y la apologética cristiana. Como buenos espadachines dialécticos, ambos se centran más en destruir la posición del contrario que en fundamentar la propia. De este modo, se nos describe el modernismo con los ojos del apologeta cristiano y el catolicismo bajo la lente del racionalista. Esto es lo que dice el penitenciario del modernismo:

“(...) la ciencia, tal como la estudian y la propagan los modernos, es la muerte del sentimiento y de las dulces ilusiones. Con ella la vida del espíritu se amengua; todo se reduce a reglas fijas, y los mismos encantos sublimes de la Naturaleza desaparecen. Con la ciencia destrúyese lo maravilloso en las artes, así como la fe en el alma. La ciencia dice que todo es mentira y todo lo quiere poner en guarismos y rayas, no sólo *maria ac terras*, donde estamos nosotros, sino también *cælumque profundum*, donde está Dios... Los admirables sueños del alma, su arrobamiento místico, la inspiración misma de los poetas, mentira. El corazón es una esponja, el cerebro una gusanera”¹¹.

La respuesta de Pepe Rey se presenta como un modo de “sulfurar al señor canónigo”¹², es decir, una respuesta con la que el protagonista no necesariamente se identificaría. Sin embargo describe claramente los argumentos propios del racionalismo de la época:

“(...) no es culpa nuestra que la ciencia esté derribando a martillazos un día y otro tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras de lo pasado, bellas las unas, ridículas las otras, pues de todo hay en la viña del Señor. El mundo de las ilusiones, que es como si dijéramos un segundo mundo, se viene abajo con estrépito (...). Adiós, sueños torpes: el género humano despierta y sus ojos ven la realidad. El sentimentalismo vano, el misticismo, la fiebre, la alucinación, el delirio desaparecen, y el que antes era enfermo hoy está sano y se goza con placer indecible en la justa apreciación de las cosas (...). La fábula, llámese paganismo o idealismo cristiano, ya no existe, y la imaginación está de cuerpo presente. Todos los milagros posibles se reducen a los que yo hago en mi gabinete cuando se me antoja con una pila de Bunsen, un hilo inductor y una aguja imantada. Ya no hay más multiplicaciones de panes y peces que las que hace la industria con sus moldes y máquinas y las de la imprenta, que imita a la Naturaleza sacando de un solo tipo millones de ejemplares”¹³.

11. *Doña Perfecta*, 48-49.

12. *Doña Perfecta*, 51.

13. *Doña Perfecta*, 49-51

En este intercambio de golpes se perciben los nudos centrales de la polémica que modernismo e Iglesia sostienen. El racionalismo pretende reducir todo a materia, reduciendo los procesos del espíritu a mero sentimentalismo sin fundamento. No hay espacio además para aquello que no pueda ser medido por la razón, empezando por el milagro: lo excepcional no puede entrar en la historia. La Revelación, por tanto, es una ficción. Si hoy resulta sencillo desvelar los excesos del racionalismo, no por ello resulta automáticamente vencedora la posición de la Iglesia que dibuja Galdós, una posición que minusvaloraba la dignidad de la razón y la razonabilidad de la fe, y que apoyaba el edificio de “la religión” en los débiles fundamentos del “sentimiento y de las dulces ilusiones”. Para una fe como ésta, el uso de la razón de los modernistas se presenta como un enemigo difícil de batir. Así lo reconoce el canónigo Don Inocencio, para el que la razón no es un campo común sobre el que batallar:

“Bien sé que la doctrina que sustenta es falsa; pero yo no tengo talento ni elocuencia para combatirla. Emplearía yo las armas del sentimiento; emplearía argumentos teológicos, sacados de la revelación, de la fe, de la palabra divina. (...) Cuando estuve en Madrid y me llevaron al Ateneo, confieso que me quedé absorto al ver el asombroso ingenio que Dios ha dado a los ateos y protestantes”¹⁴.

En la novela *Gloria*, Galdós ilustra las posiciones que cierto modernismo sostiene en materia religiosa. En concreto lo que técnicamente se llama *latitudinarismo*, así definido en boca del obispo Don Ángel Lantigua:

“[Se trata de] una pestilencia muy común en nuestros días, y que es la más peligrosa, porque tomando cierto tinte de generosidad, a muchos cautiva. Es lo que llamamos *latitudinarismo*. [Que afirma:] «Los hombres pueden encontrar el camino de la eterna salvación y conseguir la gloria eterna en el culto de cualquier religión...». Pues bien, esa proposición está condenada por el Soberano Pontífice (...). [Afirma además:] «Todo hombre tiene libertad para abrazar y profesar aquella religión que, guiado por la luz de la razón, creyere verdadera...»”¹⁵.

14. *Doña Perfecta*, 52-53.

15. *Gloria*, 167-168. Las palabras del obispo van dirigidas a su sobrina, peligrosamente tentada de latitudinarismo. La “enfermedad” parece ser de familia, ya que el hermano de don Ángel, don Buenaventura Lantigua, político católico, confiesa en privado una fe que se aproxima claramente al latitudinarismo: “Yo creo que la fe religiosa tal como la han entendido nuestros padres, pierde terreno de día en día, y que tarde o temprano todos los cultos positivos tendrán que

Detrás de esta posición se encuentra la consideración, nacida al calor del pensamiento de la Ilustración, de que la única religión universal es la de la razón, y que todas las religiones positivas tienen el mismo valor y no pueden albergar la pretensión de ser una religión universal¹⁶. Y la razón ilustrada podía admitir cualquier expresión religiosa en cuanto dirigida al Dios que se muestra en su creación. Lo que no podía admitir, porque “repugnaba” a dicha razón, es un Dios que entrara en la historia como un factor de la misma, tal y como se contempla en el dogma de la Encarnación o de la divinidad de Jesús.

En la misma novela, *Gloria*, se encuentra el ejemplo más depurado de discurso apologético cristiano, magistralmente pintado (en sus tonos estridentes) por la pluma de Galdós. Se trata del discurso con el que el político Rafael del Horro arenga a sus compañeros:

“Inmensa, asquerosa, pestilente lepra cubre el cuerpo social. El llamado *espíritu moderno*, dragón de cien deformes cabezas, lucha por derribar el estandarte de la Cruz. ¿Lo permitiremos? de ninguna manera. ¿Qué valen algunos centenares de inicuos depravados contra la mayoría de una Nación católica? Porque no sólo somos los mejores, sino que somos los más. Alcemos en esta Cruzada el glorioso estandarte, y digamos: «Atrás, impíos, malvados sectarios de Satanás, que contra el reino de Nuestro Señor Jesucristo no prevalecerán las puertas del infierno». Y luego, volviendo mi humilde rostro hacia el Oriente, distingo una venerable y hermosa figura. Al verla llénase mi corazón de intensísima congoja y las lágrimas acuden a mis ojos, considerando el aflictivo estado en que los perversos tienen al que es antorcha esplendorosísima que ilumina el mundo. Lleno de admiración y respeto exclamó: «Grande eres, ¡oh! Pedro, no sólo por tus bondades, sino por tus martirios. También de ti se puede decir que rasgaron tus vestiduras y sobre ellas echaron suertes. ¡Ay de los impíos que después de despojarte te han encarcelado!»”.

perder su vigor presente. Yo creo que los hombres buenos y caritativos pueden salvarse y se salvarán fácilmente, cualquiera que sea su religión” (*Gloria*, 307).

16. Quizá la expresión más depurada de esta tesis la hallamos en Immanuel Kant, más concretamente en su obra *La religión dentro de los límites de la mera razón*: “La fe religiosa pura es ciertamente la única que puede fundar una iglesia universal; pues es una mera fe racional, que se deja comunicar a cualquiera para convencerlo, en tanto que una fe histórica basada sólo en hechos no puede extender su influjo más que hasta donde pueden llegar, según circunstancias de tiempo y lugar, los relatos relacionados con la capacidad de juzgar su fidedignidad. Pero una particular debilidad de la naturaleza humana tiene la culpa de que no se pueda contar nunca con esa pura fe tanto como ella merece, a saber: fundar una iglesia sobre ella sola” (I. Kant, *La religión dentro de los límites de la mera razón* [Alianza Editorial; Madrid 2009] 128).

En este encendido discurso se contemplan dos nuevos elementos que forman parte de la apologética católica de aquellos tiempos: la idea de Cruzada o batalla contra las fuerzas del mal encarnadas en el “espíritu moderno” y la figura del Papa, por aquel entonces “prisionero” en Roma de la Nueva República Italiana, surgida al calor de las nuevas ideas. Es precisamente la figura del Papa, que en 1854 había proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María y en 1870 había ratificado la Infallibilidad pontificia surgida del Concilio Vaticano I, uno de los objetivos favoritos de los ataques del racionalismo de la época. La sola idea de que un hombre pudiera ser infalible resultaba un escándalo para la razón moderna.

En *La familia de León Roch* el modernismo está encarnado en un hombre comprensivo, sin ningún afán de batallar. León es descrito como un hombre sin la “gazmoñería racionalista”¹⁷ de otros, que no considera perfecto su propio estado, hasta el punto de que “no gustaba de embarcar gente en las islas frondosas de la fe para llevarlas a las solitarias estepas de la duda”¹⁸. Enfrente tiene a su mujer, que ha ido radicalizando sus posiciones planteando, desde su catolicismo, una batalla abierta a todas las ideas de su marido, es decir, a “eso de los monos, (...) eso de la materia, (...) eso de la Naturaleza-Dios, (...) eso de la Nada-Dios”¹⁹. En realidad, Galdós nos está presentando el matrimonio de León y María como imagen de la imposible convivencia entre dos Españas radicalmente opuestas:

“Ni se comunicaban un pensamiento, ni se consultaban una idea o plan, ni partían entre los dos una alegría o un pesar, que es el comercio natural de las almas, ni se entristecían juntamente, ni mutuamente se alegraban, ni siquiera reñían. Eran como esas estrellas que a la vista están juntas y en realidad a muchos millones de leguas una de otra”²⁰.

El enfrentamiento entre estos dos mundos opuestos no termina bien en las novelas de Galdós. De los seis personajes principales implicados en las tres obras (tres parejas), cinco de ellos conocen una muerte trágica a propósito de las desavenencias religiosas. En esto Galdós se muestra profético. Aunque murió en 1920, años antes de

17. “Que consiste en escandalizarse con exceso de la credulidad de algunas personas y en ridiculizar su fervor” (*La familia de León Roch*, 93).

18. *La familia de León Roch*, 93.

19. *La familia de León Roch*, 103.

20. *La familia de León Roch*, 100.

la Guerra Civil española, sus novelas ya anuncian un desenlace dramático a la tensión entre las dos Españas.

Pasemos a describir sistemáticamente, ahora sí, las características del catolicismo español tal y como es dibujado por Galdós en estas novelas. En el fondo estamos ante la visión que una parte de ese figurado matrimonio entre las dos Españas tiene de la otra. Esa visión nace precisamente en esta época y se mantiene, con mayores o menores cambios, hasta nuestros días. Aunque es una visión *de parte*, no podemos negar que posee un fundamento *in re*: un cierto catolicismo, bastante diferente del actual, dominante en la España del último tercio del siglo XIX.

5. UNA FE BASADA EN LA DEVOCIÓN FEMENINA

Una constante en la literatura española de la segunda mitad del XIX es la descripción de una práctica de la fe centrada en el ejercicio piadoso en la Iglesia que llevan a cabo sólo mujeres²¹. En esto Galdós, al igual que otros autores, no hace más que reflejar, cargando más o menos las tintas, un ambiente general en la España de aquella época. En los contextos urbanos y en las clases acomodadas, que son los elegidos en las novelas de Galdós que nos ocupan, esta constante no hace sino aumentar. Debemos recordar que el trabajo femenino entre las familias de una cierta posición era más bien raro, por lo que era mucho el “tiempo libre” del que disponían las mujeres para acudir a la Iglesia a los diferentes actos de piedad. Ésta es una de las notas dominantes de los personajes femeninos principales de las novelas de tesis que estudiamos. Por el contrario, los personajes masculinos, incluyendo los que se mueven en la órbita “católica”, huyen de ese tipo de religiosidad.

El judío Daniel Morton, con la pretendida “objetividad” del extranjero, hace la siguiente radiografía del sentir religioso español:

“Yo he visto lo que pasa aquí en las grandes ciudades, las cuales parece han de ser reguladoras de todo el sentir de la Nación, y me ha causado sorpresa la irreligiosidad de la mayoría de las personas ilustradas. Toda la clase media, con raras excepciones, es indiferente. Se practica el culto, pero más bien como un hábito rutinario, por

21. Quizá la novela más representativa, en este sentido, es *La Regenta*, de Leopoldo Alas “Clarín”, publicada en 1884-1885.

respeto al público, a las familias y a la tradición que por verdadera fe. Las mujeres se entregan a devociones exageradas, pero los hombres huyen de la Iglesia todo lo posible, y la gran mayoría de ellos deja de practicar los preceptos más elementales del dogma católico. No negaré que muchos acuden a la misa, siempre que sea corta, se entiende, y no falten muchachas bonitas que ver a la salida.

(...) Hay otro síntoma –prosiguió Daniel–, que he observado muchas veces. Cuando en una casa rezan el rosario, los hombres se echan fuera, sin que por esto se alarme la familia femenina. He oído a algunos niños inocentes hacer esta pregunta: «Dime, mamá, ¿por qué papá no reza?». Muchas veces no se sabe qué contestar; pero en ocasiones se les dice: «Papá reza en su cuarto». Pero donde reza papá es en el casino o en el café. Las mujeres aquí, por lo general creen que siendo ellas rezonas, no importa que sus maridos sean blasfemos”²².

Es el mismo Daniel el que da voz a una percepción última que no debía estar muy lejos de la realidad. Si la devoción podía incluso llegar a ser un adorno que enalteciera a la mujer, no así ocurría con el hombre: “un hombre devoto que se persigna al pasar por la iglesia, que confiesa y comulga semanalmente, es en la mayor parte de los círculos un hombre ridículo”²³. A un hombre como éste ninguna mujer española sería “capaz de dar su corazón y su mano”²⁴. Y esta mentalidad la han asumido los mismos varones católicos: “hasta los mismos que defienden a pie firme la religión y se llaman soldados avanzados de las filas de Cristo, cuidan mucho, en sociedad, de disimular todo lo posible su ortodoxia, o, mejor dicho, de olvidarla, so pena de perder gran parte de las simpatías y de las amistades que por sus prendas, su figura o sus virtudes hayan logrado alcanzar”²⁵.

22. *Gloria*, 123-124.

23. *Gloria*, 127. Aunque pertenezca a una novela posterior en casi veinte años a las que nos ocupan, merece la pena citar esta afirmación del alcalde en cuyo pueblo queda preso Nazarín, al final de la obra del mismo nombre: “Yo respeto a la religión, respeto mayormente a la Virgen, y aun le rezo cuando se me ponen malos los niños... Pero déjeme usted con mi tira y afloja, y no me pida que yo crea cosas que están bien para mujeres; pero que no debemos creerlas los hombres... No, eso no. No me toque usted esa tecla” (B. Pérez Galdós, *Nazarín* [Alianza Editorial; Madrid 2007] 197).

24. *Gloria*, 127.

25. *Gloria*, 127. En un diálogo entre dos amigos de León, en la novela *La familia de León Roch* se resume del siguiente modo la cuestión del papel del hombre y la mujer en la sociedad: “Se empeña –decían– en que su mujer sea racionalista, y esto es tan ridículo como un hombre beato. Eso digo yo –añadía otro–. El creer o no es cuestión de sexo” (*La familia de León Roch*, 100).

Es el mismo personaje judío de *Gloria* el que no ahorra calificativos a la hora de describir la devoción femenina. De la Semana Santa española dice que es “falaz creencia de los labios, de rutinario entendimiento y corazón vacío”²⁶ y un “carnaval de las mojigatas”²⁷. Pero donde mejor describe Galdós el contenido y forma de esa piedad femenina es en *La familia de León Roch*, tanto en los momentos en los que describe la actividad religiosa de María como cuando presta su pluma a León, a quien la devoción de su mujer le había “expatriado de su hogar”²⁸.

En la descripción de esa devoción, Galdós carga contra la pobreza de la literatura de la que aquella se alimenta, muy lejos de la rica mística española de otros tiempos:

“Como de costumbre, [María] pasó parte de la mañana en lecturas religiosas; pero ha de advertirse que no había buscado sus textos en nuestra rica literatura mística, fundida en el crisol del espiritualismo más puro y que arrebató el alma creyente, ya encendiendo en ella divinos fuegos, ya embelesándola con un discurrir metafísico y quintesenciado. María apacentaba su piedad, triste es decirlo, con lo peor de esta literatura religiosa contemporánea, que es, en su mayor parte, producto de explotaciones simoníacas, literatura de forma abigarrada y de fondo verdaderamente irreligioso, tirando a sensual, que, combinada con el periodismo y con las congregaciones, es uno de los negocios editoriales más considerables de la librería moderna.”²⁹.

Galdós llega a afirmar que esta devoción es una forma de materialismo, el materialismo propio del pueblo bajo:

“Basta con lo dicho para que se vea que la religiosidad de María Sudre era la religiosidad de la turbamulta, del pueblo bajo, entendiéndose aquí por bajeza la triste condición de no saber pensar, de no saber sentir, de vivir con esa vida puramente mecánica, nerviosa, circulatoria y digestiva que es el verdadero, el único materialismo de todas las edades”³⁰.

Y para fundamentar afirmaciones tan duras, el autor de *La familia de León Roch* introduce en escena la por entonces conocida devoción al *perolito* de Sevilla, muy difundida por las *josefinas* (mujeres

26. *Gloria*, 266.

27. *Gloria*, 267.

28. *La familia de León Roch*, 244.

29. *La familia de León Roch*, 277.

30. *La familia de León Roch*, 279.

que pertenecen a la asociación de San José cuyo objeto es rogar por el Papa). Una devoción que haría enrojecer a cualquier católico de nuestros días. El “perolito de San José” era un objeto considerado milagroso y curativo desde que San José se apareciera el 14 de abril de 1872, miércoles de ceniza, en casa de María Adelaida Palomino Rodríguez, presidenta de la *Asociación de Josefinos de Sevilla*. Desde entonces se extendió la costumbre de pasar manteca, agua y obleas por dicho artefacto y aplicarlas después a enfermos, obteniéndose así, al parecer, diferentes curaciones³¹. El periódico de la Asociación de San José, muy combativa en los años del sexenio revolucionario, era una de las lecturas favoritas de María, la mujer de León Roch:

“Para María no la había [lectura] más sabrosa ni edificante, y se recreaba largas horas con las anécdotas (¡qué lástima no poder copiar algunas!), con las oraciones y, por último, con la parte que podría llamarse místico-farmacéutica, que es una lista mensual de todas las curaciones hechas con las obleas y las mantecas pasadas por el famoso *perolito* de Sevilla, prodigios que se dejan muy atrás los milagros de Holloway y de ciertos específicos. María guardaba siempre en su poder porción cumplida de obleas y mantecas pasadas por el *perolito* para atender a las enfermedades de sus deudos y amigos, segura del éxito siempre que estos tomasen la medicina con fe. La especulación del *perolito* no podría existir en ningún país donde hubiera sentido común y policía”³².

Que en la expresión pública del catolicismo fuera dominante un cierto tipo de piedad o devoción, y que ésta estuviera ligada a la mujer, es algo que ha marcado mucho la imagen de la fe en nuestro país, y de ella se han hecho eco muchos de nuestros literatos, como hemos visto. Esta reducción del catolicismo de la época ha tenido graves consecuencias para la percepción que de él tuvieron sus contemporáneos, una percepción que en gran parte se ha sostenido en el tiempo. En dicha percepción el catolicismo se relacionaría con prácticas devotas más bien sentimentales y que poco tienen que ver con la razón. Por otro lado, teniendo en cuenta que la cultura (en su sentido más amplio) la determinaban los hombres, y estos estaban “ausentes” de la vida de piedad, el catolicismo poco tenía que ver con las cosas importantes de la sociedad.

Un dato que viene a refrendar lo dicho es el carácter de la santidad española de la segunda mitad del XIX. Si repasamos los santos

31. Cf. G. Cavestany, “El perolito”, en *Memorias de un sesentón sevillano* (Tipografía gironés; Sevilla 1918) II, 113-123.

32. *La familia de León Roch*, 280.

y beatos de la época, podremos comprobar que son, en su inmensa mayoría, mujeres que han dejado tras de sí una obra o fundación relacionada con el campo de la caridad³³. Resulta verdaderamente paradójico que ejemplos de santidad tan admirables hayan tenido tan poca incidencia en la cultura española (es decir, en su percepción de la realidad). En realidad podemos comprenderlo a partir de lo ya dicho: en una sociedad en la que la cultura, y por ello, aquello que es digno de ser tomado en serio, aquello importante, está en manos de los hombres, un catolicismo ligado a las mujeres y al campo de la devoción o la caridad, puede llegar a resultar de poquísima incidencia.

Si exceptuamos la obra *Gloria*, en la que se describe la caridad del personaje femenino central, hay que reconocer que en las novelas de tesis que nos ocupan Galdós apenas incorpora la dimensión caritativa a sus retratos, cargando las tintas más sobre todo el universo de la piedad. En otras novelas, sin embargo, esta dimensión está más presente, aunque normalmente ligada al personaje femenino y piadoso³⁴. Como ya dijimos al principio de este artículo, el ejercicio de la caridad siempre se le ha reconocido a la Iglesia, por mucho que, a su vez, se le acusara de estar junto a los poderosos, de sostener un *status quo* social o de ser hipócrita. Pero el valor de signo de esta caridad se ha visto oscurecido, en su expresión pública, por no ir acompañado de una “dignidad cultural” de la misma fe³⁵.

Pero debemos afrontar otra constante que acompaña a la devoción femenina y que marcará la imagen del catolicismo español, creando grandes polémicas. Me refiero a la dirección espiritual de estas mujeres, sostenida por sacerdotes diocesanos y religiosos. En este caso, la figura masculina del sacerdote forma parte del universo de la devoción femenina y a ella se asocia (siempre desde el punto de vista de la mentalidad que reflejan las obras de Galdós). No entra en contradicción con la percepción de que un hombre devoto es

33. Son claros ejemplos Santa Joaquina de Vedruna (†1854), Santa María Micaela del Santísimo Sacramento (†1865), Beata María Ana Mogás Fontcuberta (†1886), Santa María Soledad Torres Acosta (†1887) y Santa Teresa de Jesús Jornet Ibars (†1897).

34. Caso paradigmático es el personaje de Guillermina, “virgen y fundadora”, dedicada a la beneficencia, en la novela más conocida de Galdós, *Fortuna y Jacinta*.

35. En el primer tercio del siglo XX este panorama cambia y el catolicismo español empieza a generar algunas obras de fuerte influjo cultural. Un buen ejemplo es la obra de Ángel Herrera Oria, que en 1910 funda, junto con el sacerdote Ángel Ayala, la *Asociación Católica de Propagandistas* y en 1911 la *Editorial Católica*, editora del diario *El Debate*.

ridículo. Deja de serlo en cuanto es un consagrado. Entonces pasa a engrosar el mundo de la devoción, en calidad de “administrador” de productos de piedad y director de conciencias femeninas.

Es también la novela *La familia de León Roch* la que mejor describe el influjo que esta figura tiene sobre la mujer y los problemas que crea. León Roch tiene la percepción de que en las discusiones con su mujer, y en general, en su matrimonio, hay un tercero que distorsiona la relación. Ese tercero es, obviamente, el confesor o director espiritual de María Egipcíaca. La acusación dirigida a esa figura clerical no se basa tanto en la existencia de una corriente de consejo exterior al matrimonio, cuanto en la falta de experiencia en asuntos de amor de un consejero que no tiene mujer ni hijos:

“No tuve jamás la idea de alarmarme porque mi mujer se acercase al confesonario una o dos o tres veces al año para decir sus pecados y pedir perdón de ellos conforme a su creencia; pero esto tiene su corruptela, y la corruptela de esto consiste en llevar la dirección espiritual por tortuosos caminos, con cátedra diaria, consultas asiduas y constante secreteo sostenido de una parte por los escrúpulos de la candidez y de otra por la curiosidad imprudente de quien no tiene familia”³⁶.

“Para el que no conoce el amor sino por el pecado, para el que no siente el amor, sino que solamente lo oye, recibiendo aquí (y señaló la oreja) los secretos de los que aman, mucha parte de lo que corresponde al corazón es un misterio incomprensible. Él no ve más que deberes cumplidos o faltas cometidas. Esto es mucho, pero no es todo. El que no ha bebido jamás, sólo concibe el gusto insípido del misticismo o el amargor del pecado”³⁷.

En este caso, no estamos ante una exageración de Galdós de un tema irrelevante. La cuestión del consejo espiritual a las mujeres por parte de los confesores llegará a crear encendidos debates en la sociedad y hasta en el mismo Parlamento nacional³⁸. La problemática se mantiene hasta bien entrado el siglo XX, y de hecho es el centro de uno de los debates más polémicos en las Cortes de la II República, durante la discusión de la nueva Constitución. Puede resultar para-

36. *La familia de León Roch*, 104-105.

37. *La familia de León Roch*, 374-375.

38. José Fernández Montaña (1842-1937?), confesor de la reina María Cristina, y preceptor del futuro Alfonso XIII, estuvo siempre rodeado de la polémica dado su carácter beligerante, primero con el sexenio revolucionario y después con el liberalismo en general. Tuvo que abandonar el cargo de preceptor del futuro rey por un agrio artículo que publicó en *El Siglo Futuro* contra José Canalejas a finales de 1900.

dójico que, a la hora de votar en el Parlamento sobre la ampliación del sufragio a la mujer, una buena parte de la izquierda se opusiera (Acción Republicana y Partido Radical). En realidad la cuestión era fácilmente comprensible: las mujeres estaban condicionadas por la opinión de sus confesores. Incorporar una masa tan amplia de nuevos votantes suponía inclinar la balanza electoral del lado de los partidos conservadores, próximos a las tesis de la Iglesia. Un diputado de Acción Republicana, Roberto Castrovido, rompía la disciplina de voto de su partido con el siguiente argumento:

“La mujer –se dice– no puede tener voto hasta que deje de confesar, hasta que deje de tener por director espiritual a un cura o un fraile. Y la mujer no saldrá nunca de la Iglesia mientras no le concedamos el voto”³⁹.

Como al final vencieron las tesis de dar el voto a las mujeres, la reacción de algunos partidos progresistas no se hizo esperar: había que ir en contra de los confesores, en su mayoría religiosos. Así decía en el Parlamento José Álvarez Buylla, diputado radical, que consideraba el resultado de la votación una puñalada trapera a la República:

“Ahora bien, contra esa puñalada trapera, nosotros tenemos un remedio: el peligro del voto de las mujeres está en los confesionarios y en la Iglesia; arrojando a las órdenes religiosas hemos salvado el peligro de la votación de hoy. Y vosotros habréis de tener en cuenta que con la votación de hoy habéis puesto el fuego en la mecha”⁴⁰.

De hecho, se discutió hasta el último minuto, a la hora de cerrar el articulado de la Constitución, la expulsión o disolución de las Órdenes Religiosas. Al final sólo fueron expulsados los jesuitas, de enorme influjo cultural y educativo en nuestro país, mientras que el resto de las Congregaciones religiosas fueron sometidas a un régimen que restringía severamente sus derechos y su capacidad de movimiento⁴¹.

39. *Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes de la República Española*, III, n. 48 (1 de octubre de 1931), pp. 1356-1357, citado en V.M. Arbeloa, *La semana trágica de la Iglesia en España (8-14 de octubre de 1931)* (Encuentro; Madrid 2006) 56.

40. *Diario de sesiones*, III, n. 48 (1 de octubre de 1931), p. 1363, citado en Arbeloa, *La semana trágica*, 58-59.

41. Cf. el artículo 26 de la nueva Constitución, que les prohíbe el ejercicio de la enseñanza, limita fuertemente sus posesiones y nuevas adquisiciones y les somete al régimen tributario normal (cf. Arbeloa, *La semana trágica*, 364-365).

6. UNA FE ENEMIGA DE LA RAZÓN Y DEL AFECTO

El hecho de que, en general, los hombres huyeran de una fe centrada en una devoción sostenida por mujeres, va ligado al hecho de que esa fe, o esa práctica, se percibía como irracional, o al menos poco razonable. Tenía poco que ver con la realidad cotidiana, con las cuestiones más importantes de la vida ordinaria: el trabajo, la política, la ciencia, el progreso, el afecto etc. Las novelas que estudiamos describen, en sus expresiones, una fe en abierto conflicto con la razón, una fe, por tanto, difícil de ser abrazada por los intelectuales de la época. Y con una muy deficiente capacidad de diálogo con el mundo de entonces.

En la descripción de los personajes femeninos principales, Galdós nos muestra una fe con rasgos irracionales o a-rationales. Doña Perfecta, que ocupa el papel femenino principal en la novela del mismo nombre, está dominada por “una exaltación religiosa” que “en vez de nutrirse de la conciencia y de la verdad revelada en principios tan sencillos como hermosos, busca su sabiduría en fórmulas estrechas que sólo obedecen a intereses eclesiásticos”⁴². En la novela *Gloria*, el personaje femenino principal es muy diferente a Doña Perfecta: Galdós lo dibuja con rasgos de bondad, de sencillez y sinceridad. En *Gloria* la doctrina cristiana que su padre y su tío le han inculcado lucha contra “aquella facultad suya de discernir [que] era como una monstruosidad fecunda que llevaba dentro de sí y que a todas horas estaba procreando ideas”⁴³. Para Gloria, creer se identifica con dejar de “pensar”, actividad que se le presenta como una tentación diabólica:

“Gloria sentía hondas voces dentro de sí, como si un demonio se metiese en su cerebro y gritase: «Tu entendimiento es superior..., los ojos de tu alma abarcan todo. Ábrelos y mira..., levántate y piensa»”⁴⁴.

Para terminar con esa lucha, Gloria “hizo lo que hacen las nueve décimas partes de los católicos, es decir, guardarse sus heterodoxias para no lastimar a los viejos. De aquí resultó que era, como la muchedumbre, creyente para los demás y *latitudinaria* para sí”⁴⁵. Con el personaje de María, en la novela *La familia de León Roch*, volvemos

42. *Doña Perfecta*, 252.

43. *Gloria*, 34.

44. *Gloria*, 35.

45. *Gloria*, 173-174.

a un perfil religioso exaltado. En ella la fe es presentada como una devoción enfermiza que “parecía un delirio nacido de la cortedad de inteligencia, alimentado por los sentimientos y exacerbado por la contumacia de carácter asaz y soberbio”⁴⁶. Toda la batalla de María se concentra en atraer a su marido a la fe, sin presentar para ello ninguna razón, más bien al contrario, despreciando todo tipo de razones. Los argumentos que presenta León vienen, según ella, de “una razón soberbia y extraviada” y de una “filosofía diabólica”⁴⁷.

Al lado de estos personajes principales, Galdós describe otros perfiles en los que la fe se presenta como enemiga de la razón. Uno de ellos es el de Buenaventura Lantigua, tío de Gloria y hermano del arzobispo D. Ángel. Con mucha habilidad, Galdós nos presenta a un político católico que, como “muchos del partido católico” es un “racionalista *in pectore*”⁴⁸. Para este hombre de mundo, que debe usar la razón y el diálogo, una cosa es la fe que debe profesar exteriormente, como católico, y otra cosa muy diferente es aquello a lo que asiente en su fuero interno. Así, don Buenaventura cree que “la fe religiosa tal como la han entendido nuestros padres, pierde terreno de día en día, y que tarde o temprano todos los cultos positivos tendrán que perder su vigor presente”⁴⁹. La fe se reconducirá a filosofía junto con una práctica ético-moral, y es que “el hombre culto educado en la sociedad europea es capaz del superior bien, cualquiera que sea el nombre con que invoque a Dios”⁵⁰. La observación final que Galdós pone en boca de don Buenaventura, similar a la que utiliza para describir a Gloria, tiene la pretensión de ensanchar los límites de la descripción de este personaje para que cubra una buena parte de la sociedad española:

“Esto que declaro, y que es lo que pensamos ¿a qué negarlo? todos los hombres del día, es de esas cosas que pocas veces se dicen, y yo las callo siempre porque la sociedad actual se sostiene, no por el fervor, sino por el respeto a las creencias generales”⁵¹.

Galdós pone en boca de Daniel Morton, el personaje de la novela *Gloria* que sufre en sus carnes una fe intolerante, un grito conclusivo que suena a resumen de toda la temática:

46. *La familia de León Roch*, 280.

47. *La familia de León Roch*, 104.

48. Cf. *Gloria*, 173.

49. *Gloria*, 307.

50. *Gloria*, 308.

51. *Gloria*, 307-308.

“¡La religión! –dijo Morton sombríamente–. ¡Siempre el mismo fantasma pavoroso que nos persigue atormentándonos! Sombra terrible proyectada por nuestra conciencia, en todas partes la encontramos; no nos permite ni una idea libre, ni un sentimiento, ni un paso. Es en verdad tremendo que lo que viene de Dios parezca a veces una maldición”⁵².

Si la vivencia de la fe en estos personajes de Galdós se encuentra reñida con la razón, cuánto más podemos decirlo respecto a la relación entre la fe y el afecto. En la descripción de la contraposición entre fe y afecto humano Galdós se muestra especialmente agudo, con páginas que, por la temática expuesta, resultan hirientes para nuestra sensibilidad de creyentes. Y resultan aún más hirientes porque reflejan, de un modo u otro, una mentalidad real en la época. Podemos concentrar en dos personajes secundarios, doña Serafina Lantigua (*Gloria*) y el sacerdote Luis Tellería (*La familia de León Roch*), y en una relación, la del matrimonio Roch, la descripción de una fe enemiga del afecto humano y de las realidades creadas que atraen dicho afecto.

Doña Serafina se encuentra en las antípodas de su hermano don Buenaventura. Soltera, se caracteriza por una fe ciega y a la vez sin hipocresías. Para redimir el pecado de su sobrina, madre soltera, intenta convencerla para que deje todo y entre en un convento. Para ella, la infelicidad debe ser la *via redemptionis*:

“«Renuncia a tu hijo, no por dureza de sentimientos sino por expiación; no como desnaturalización, sino como castigo». Has cometido gravísima falta, has ofendido a tu Dios. Pues ofrécele el único deleite que existe en tu corazón, el cariño maternal... ¿Ese cariño te sirve de consuelo? Pues no tienes derecho a consuelo ninguno... ¿Quieres ser redimida? Pues no hay redención sin pasión, sin cruz... ¿Adoras a ese niño infeliz que no debió haber nacido? Pues sacrifica a Dios este sentimiento (...). La maternidad podría hacerte feliz, y tú, si quieres salvarte, no debes ser feliz de ningún modo (...). Es forzoso arrancar del corazón la fibra más sensible, arrojar la joya de más precio, matar lo grande, lo querido y lo entrañable, meter la espada en lo más hondo, llorar mares de lágrimas, padecer, padecer mucho y siempre padecer. Esta es la clave del cristianismo, amor mío”⁵³.

Salta a la vista que en Serafina el amor a las criaturas está reñido con el amor a Dios:

52. *Gloria*, 456.

53. *Gloria*, 361-362.

“Desarraiga todo amor criado, y entrará en ti la gracia como un torrente. Retira tus ojos de toda criatura y verás el rostro del Criador. Sepárate de cuanto ves y estarás unida a Él eternamente. Cierra tus oídos a la música fascinadora de los efectos pasajeros, y oirás en tu interior el habla del Señor Dios. ¡Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que viene de fuera, sino la verdad que habla y enseña interiormente!”⁵⁴.

Pero a la hora de describir esta tensión radical entre el amor a las criaturas y el amor a Dios, no hay página mejor que la que dedica Galdós a describir uno de sus personajes más logrados (y más trágicos): el sacerdote Luis Tellería, hermano de María Egipcíaca, la mujer de León Roch:

“Vivía en estado de taciturna tranquilidad, y a pesar del gran cariño que tenía a sus padres, había logrado a fuerza de horribles luchas con su memoria, no pensar en ellos, para que cosa ninguna le pudiera apartar de la presencia continua de Dios, fin perpetuo de sus ansias y martirios. (...) llegó a dominar de tal modo sus sentidos que al fin parecía no poseerlos, y su oído torpe y sus ojos, siempre fijos en el suelo, no se enteraban de nada. Pasaban las personas a su lado sin que las viera. Recorría a veces con sus compañeros un paseo, un camino cualquiera, sin darse cuenta de nada. Había hecho voto de no mirar jamás a la cara a ninguna mujer, como no fueran su madre y su hermana, y lo cumplía con todo rigor. Con tal sistema su alma debía ser de una pureza ejemplar, casi, casi, como la pureza del ser que no ha nacido”⁵⁵.

No cabe duda de que la finísima pluma de Galdós carga las tintas en esta descripción de la “espiritualidad” del sacerdote. Pero hay que reconocer que modelos tenía para esta pintura. Un cierta sensibilidad religiosa en el catolicismo de su época no estaba nada lejos de la descripción que se hace de Luis Tellería. Y es esa sensibilidad, que se expresa en un cierto tipo de educación, la que ha favorecido una percepción del catolicismo como una fe que mira con recelo la belleza de las criaturas, hasta el punto, dramáticamente ridiculizado por Galdós, de identificar la pureza ideal con “la pureza del ser que no ha nacido”.

La tercera ejemplificación de este catolicismo enemigo del afecto humano la encontramos en la descripción de la relación matrimonial entre León Roch y su esposa, María Sudre. Toda la novela está car-

54. *Gloria*, 363.

55. *La familia de León Roch*, 132-133.

gada de escenas en las que la devoción de María aparece como una ideología que le separa de su marido, “ateo”. En la escena que aquí reproducimos, María refiere a su confesor los intentos de su marido por arrancar de ella afecto y la firme resistencia que ella oponía, en la que no cejaría hasta la conversión de León:

“Le vi entrar y me dio lástima; pero yo estaba rezando y no podía suspender mi rezo. Se mudó de ropa, pero con la ropa seca tiritaba lo mismo que con la húmeda... tenía fiebre. Yo mandé que le hicieran abajo una bebida calmante, y seguí rezando, pidiendo a Dios fervorosamente que le convirtiera, ¡y él no me lo agradecía!.. De pronto se llegó a mí, y sentándose en una banqueta baja, puesto casi a mis pies, me tomo una mano, imprimiendo en ella unos besos que quemaban. Díjome así: «Yo necesito amar y que me amen... Esto es vivir como los cardos, que crecen solos y tristes en el campo...». Gran esfuerzo tuve que hacer para no hacerle caso. Obligada a dejar el libro de rezo, rezaba mentalmente, apartando de él los ojos, trayendo a mi mente cosas de piedad, para que otras cosas y pensamientos no pudieran entrar. Aquel día habíamos hablado usted y yo largamente de las estratagemas de que se vale el espíritu ateo para cautivar el espíritu con fe. Yo me fortalecí con el recuerdo de aquellas palabras, y dejé pasar, dejé pasar la corriente de cariño que de él venía hacia mí. Yo era una estatua; comprendí que debía enojarme, y me enojé, echándole en cara su ateísmo. Él tiritaba de frío y me decía: «Puesto que mi hogar está vacío para mí, me voy a meter en un hospicio...». ¡Qué cosas decía! El «yo quiero amar, yo quiero que me amen», no se apartaba de su boca...”⁵⁶.

Para hacer justicia a una época en la que este tipo de catolicismo convivía con formas de caridad extrema hacia la persona “no creyente” dentro del matrimonio, conviene leer cómo describe Gumerindo de Azcárate la reacción de su mujer cuando le confiesa su crisis religiosa. Azcárate describe su propia crisis hablando, en tercera persona, de un hombre atormentado por sus dudas religiosas que teme que la sociedad lo condene como apóstata y que pueda perder el amor de su mujer y sus hijos. La mujer de Azcárate comprende que su marido está hablando de él mismo:

“Debí pronunciar estas últimas palabras con tal acento, y tanto debió retratarse en mi fisonomía lo que en mi interior pasaba, que mi mujer, que había ido palideciendo según yo hablaba, comprendió que la sospecha que había cruzado por su espíritu, era una triste realidad. Entonces, estrechando mis manos entre las suyas, me dijo

56. *La familia de León Roch*, 424.

con una expresión de cariño inexplicable: «¡Oh! no, si esos amigos, esos hijos y esa mujer son cristianos, no pueden dejar de amarle». Me sería imposible describir el efecto que en mí hicieron estas palabras. No sólo vi en ella que quedaba a salvo lo que, a perderlo, me habría causado en el alma el frío de la muerte, sino que comprendí instantáneamente que, teniendo esta poderosa palanca, todo lo que yo ansiaba era posible. El amor del Cristianismo, amortiguado, cuando no muerto, en tantas almas católicas, resplandecía en el espíritu de mi mujer, reflejando la vivísima luz del *Sermón de la Montaña* y de la *Parábola del Samaritano*⁵⁷.

Lo interesante de esta revelación de Azcárate, que describe una posición real, no novelada, es que, mientras testimonia un catolicismo más abierto y humano que el que nos presenta Galdós, se convierte en el ejemplo más evidente de que dicho catolicismo era, sin embargo, incapaz de frenar el lento alejamiento de los intelectuales españoles respecto a la Iglesia y a la fe católica. ¿Por qué? Porque estos intelectuales, con una fuerte exigencia de racionalidad, no encuentran ya a su disposición razones adecuadas para mantener una fe que vaya más allá de la mera religiosidad basada en la creencia de un Dios providente que ama por igual a todos los pueblos y que se manifiesta en todas las revelaciones religiosas que ha conocido la historia de la humanidad. Una fe así puede, como mucho, llegar a creer, en palabras de Azcárate:

“(…) que la manifestación más alta y más divina de la vida religiosa hasta hoy es la cristiana, en cuanto ofrece al hombre como ideal eterno el Ser absoluto e infinito, como ideal práctico la vida santa de Jesús, como regla de conducta una moral pura y desinteresada, como ley social el amor y la caridad, como dogma el *Sermón de la Montaña*, como culto la *Oración dominical*”⁵⁸.

Con una posición así, declara Azcárate, “yo podía continuar rezando el *Padre-nuestro*, que aprendiera de labios de mi inolvidable madre; pero no podía recitar aquel *Credo* que también ella me enseñara, pero que definitivamente no era ya el mío”⁵⁹.

Otra de las críticas “veladas” que Galdós dirige al catolicismo de su época, en este caso por medio del personaje Daniel Morton, es la de una deficiente expresión cultural y artística. Para el judío de la novela *Gloria*, una fe que no genera belleza dice poco de su verdad:

57. G. de Azcárate, *Minuta de un testamento* (Cultura popular; Barcelona 1967) 127-128.

58. Azcárate, *Minuta de un testamento*, 118.

59. Azcárate, *Minuta de un testamento*, 119.

“Yo me río de la piedad de un pueblo que, como Madrid, habla mucho de religión, y sin embargo, jamás supo levantar un solo templo digno, no digo yo de Dios, pero ni aun de los hombres que entren en él (...). El sentimiento católico que en este siglo no ha levantado un solo edificio religioso de mediano valor es tan tibio que no se manifiesta en cosa alguna de gran valía y lucimiento. El país más piadoso ha venido a ser el más incrédulo. El país más religioso, y que tuvo tiempos en que la piedad se asociaba a todas las grandezas de la vida, al heroísmo, a las artes, a la opulencia, a la guerra misma han concluido por formar de la piedad cosa aparte, separada de lo demás”⁶⁰.

Con estas últimas palabras, Galdós toca, consciente o inconscientemente, el corazón de un problema que ataca al catolicismo de su época: una fe que descansa sobre los peligrosos cimientos del dualismo. Por un lado caminan las cosas “reales” de la vida, aquellas en las que la razón se pone en juego, aquellas que realmente se pueden conocer, y por otro camina la devoción o piedad, que se mueve en el genérico o ambiguo campo del “creer”, ligado más bien al sentimiento.

7. UN FE ENEMIGA DE LA DEMOCRACIA

Otra de las constantes en las novelas que nos ocupan, es la presentación de un catolicismo enemigo de la democracia, que no cree en la libertad de expresión y que no acepta, o acepta de mala gana, una reglamentación de la convivencia sustentada en el voto. Galdós pone este discurso en boca de los políticos católicos que no faltan nunca en sus novelas. Y, como en otras cuestiones, Galdós puede mostrarse

60. *Gloria*, 126-127. Estamos en 1877. Cinco años más tarde, en 1882, comenzarían las obras del Templo expiatorio de la Sagrada Familia, en Barcelona, obra de Gaudí. El juicio de Galdós sobre un catolicismo que apenas producía belleza gana en profundidad con las palabras de Benedicto XVI en la ceremonia de consagración de la Basílica catalana: “[Gaudí] hizo algo que es una de las tareas más importantes hoy: superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza. Esto lo realizó Antoni Gaudí no con palabras sino con piedras, trazos, planos y cumbres. Y es que la belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza. La belleza es también reveladora de Dios porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo” (Benedicto XVI, *Homilía en la consagración de la Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona*, 7 de noviembre de 2010).

como parte, pero describe bien una posición que entonces era común entre políticos católicos que utilizaron la tribuna pública para desafiar “con imponente orgullo la turba de frívolos y descreídos”⁶¹, especialmente a partir del sexenio revolucionario. Y no olvidemos que la imagen de un catolicismo de ese tipo pervive todavía hoy en la mentalidad de muchos de nuestros conciudadanos: la Iglesia Católica añoraría tiempos pasados en los que todavía podía imponer su autoridad y su credo.

Prototipo de este personaje público que defiende el catolicismo y los derechos de la Iglesia es don Juan Lantigua, padre de Gloria, en la novela del mismo nombre. En esta figura se reconoce la dificultad que vivía el catolicismo de entonces a la hora de compaginar autoridad y libertad, fe y política, conciencia y vida pública. Así describe Galdós a Juan Lantigua:

“Su inclinación contemplativa le llevó a considerar la fe religiosa, no sólo como gobernadora y maestra del individuo en su conciencia, sino como un instrumento oficial y reglamentado que debía dirigir externamente todas las cosas humanas. Dio todo a la autoridad y nada o muy poco a la libertad”⁶².

En los discursos de don Juan resuenan los grandes debates suscitados a raíz de la aprobación de ciertos artículos de la Constitución de la Primera República. Por primera vez se legislaba sobre cuestiones sobre las que la Iglesia Católica había ejercido una autoridad única (libertad de cultos, de cátedra, etc.):

“Continuando, pues, mis observaciones, diré que los males que he indicado y esta general corrupción y ponzoña provienen de los males extranjeros que han dañado nuestro cuerpo. Gozaba España desde edades remotas el inestimable beneficio de poseer la única fe verdadera, sin mezcla de otra creencia alguna ni de sectas bastardas. Pero los tiempos y la maldad de los hombres han traído un poder civil que, por obedecer a los malvados de fuera, ha dejado sin amparo a la Iglesia, cuando el deber de la potestad civil, como dijo San Félix, es *dejar a la Iglesia católica que haga uso de sus leyes, no permitiendo que nadie se oponga a su libertad*. ¿Qué sucede, pues? Que el error ha fundado mil cátedras en nuestro suelo. Espantaos, católicos: según los enemigos de Dios, la preciosísima unidad de nuestra fe es un mal, y para remediarlo, piden que se

61. *Gloria*, 22. Las páginas del diario católico conservador *El Siglo Futuro* son un buen observatorio para seguir de cerca a estos políticos y a su argumentario.

62. *Gloria*, 22.

abra la puerta a los cultos idólatras, a los errores de la Reforma, a los desvaríos del racionalismo, semejantes a despropósitos de hombres borrachos”⁶³.

La conclusión de este discurso de don Juan respira esa intolerancia de la que todavía hoy se acusa a la Iglesia: “O España dejará de ser España, o su suelo se ha de limpiar de esta podredumbre y en su claro cielo volverá a brillar único y esplendoroso el sol de la fe católica”. Y si es injusto acusar hoy a la Iglesia Católica de intolerante, es difícil negar que dicha intolerancia permeó una buena parte de la posición pública de los católicos en una época, el último tercio del siglo XIX, verdaderamente difícil.

8. A MODO DE CONCLUSIÓN: LECCIONES DE LA HISTORIA.

La ficción galdosiana, con sus límites y virtudes, nos ha permitido acercarnos una época, la del último tercio del siglo XIX, que resultó decisiva para la configuración de una España que acabaría desangrándose en la Guerra Civil. No resulta arriesgado afirmar que muchas de las cuestiones que llevaron a aquel desastre, y que hundieron sus raíces en el siglo XIX, todavía perduran en el imaginario español y son centro de renovadas batallas ideológicas. En este artículo hemos querido centrarnos únicamente en la “cuestión religiosa”, tal y como se expresa hoy en España en la imagen que la mentalidad dominante tiene del catolicismo en general, de la religión o de la religiosidad y que conlleva una cierta percepción de la realidad.

La imagen que esa mentalidad dominante tiene del catolicismo español posee muchos puntos en común con la que Galdós nos traslada en sus tres novelas “de tesis”. No cabe duda que en el origen de esa imagen hay un catolicismo que no pasaba por sus mejores momentos, muy marcado por el moralismo y por una deficiente percepción de la libertad, de la razón y del afecto. Es evidente que la Iglesia española, y el catolicismo en general, ha cambiado mucho desde entonces, y muy especialmente en los últimos cuarenta años. ¿Cómo es posible que sigamos arrastrando una imagen como ésta en nuestra sociedad?

La historia nos enseña que la mentalidad (con respecto a una determinada cuestión) que un pueblo transmite de generación en gene-

63. *Gloria*, 189-190.

ración, cargada de imágenes, ideas y lugares comunes, no se modifica de la noche a la mañana. Y enseña igualmente que el camino para modificarla no es, principalmente, el de la batalla en contra de sus realizaciones históricas. El resultado de las batallas contra los proyectos legislativos de Rodríguez Zapatero que “lesionaban” logros de una cultura católica es muy ilustrativo: después de cuatro años de una política sin máscaras, una mayoría suficiente de españoles le volvió a dar su confianza. Signo evidente de que determinados proyectos políticos no son más que expresión de una mentalidad muy asentada.

Si una lección podemos sacar de esta historia, en lo que respecta a la percepción del catolicismo español, es que una nueva mentalidad se genera poniendo delante de la sociedad una experiencia de fe enraizada en el acontecimiento cristiano, que ama la razón, que potencia la libertad, que abraza el deseo y que anhela la belleza. Una experiencia, como lo fue en los orígenes del cristianismo, que se exprese en palabras, obras e instituciones, en sus múltiples expresiones, que salgan al encuentro de las necesidades de los hombres que caminan a nuestro lado.

En este sentido, el testimonio de Benedicto XVI, amante del hombre moderno, de su razón y de su libertad, de su búsqueda y de su deseo de belleza, y los gestos del papa Francisco, que salen al encuentro de los hombres y mujeres de toda condición, marcan el camino a seguir.